BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

REAR POR LO FINO

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO MACARRO

MÚSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNÁNDEZ

trenada con gran éxito en el teatro SALÓN-ESLAVA el 19 de Mayo de 1881 y en el Jardín del Buen Retiro el 2 de Julio del mismo año.

TERCERA EDICIÓN.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1886

TOREAR POR LO FINO

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO MACARRO

MÚSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNÁNDEZ

Estrenada con gran éxito en el teatro SALÓN-ESLAVA el 19 de Mayo de 1881 y en el Jardín del Buen Retiro el 2 de Julio del mismo año.

TERCERA EDICIÓN.

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES

Salón Eslava.

Doña Bárbara...........	Sra. Vargas.
Florinda.................	» Masi.
Pepa	Srta. Campini.
Don Felipe..............	Sr. Ruiz.
Angelito.................	» Senís.

Jardín del Buen Retiro.

Doña Bárbara	Sra. Cedrán.
Florinda.................	Srta. Corona.
Pepa......................	Sra. Gallardo.
Don Felipe..............	Sr. Mesejo.
Angelito.................	» Rihuet.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

DON JOSÉ MESEJO

Suyo afectísimo amigo,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Gabinete decentemente amueblado con puerta al foro y laterales. En el foro, á manera de panoplias, varias espadas, muletas y demás objetos de torero, en pabellones. En el centro una cabeza de toro. Pepa aparece arreglando la mesa, que estará en el centro.

ESCENA PRIMERA.

PEPA.

MÚSICA.

1.ª

Jesús, mamita,
lo que me dá,
cuando mi Pancho
sale á bailá.
Siento un mareo
particulá,
como si fuera
descarrilá.
En Capellanes
me dijo un día
palabritas más dulces
que la arropía.
Y ante mis ojos
cruzan visiones,
y me dan en el pecho
palpitaciones.

Ay, qué será,
pobre de mí,
qué mal me va
desque le ví!
La pobre Pepa,
bailando sola
ay! se consuela
de su dolor,
y que entre tanto
ruede la bola,
por ver si viene
tiempo mejor.

2.ª

No sé que siento,
yo no estoy bien,
algo me falta,
no sé que es.
Es un mareo
particular;
Jesús, mamita,
lo que me da.
Si en Capellanes
me dijo un día
palabritas más dulces
que la arropía,
por qué á mi vista
cruzan visiones,
y me dan en el pecho
palpitaciones?
Ay, qué será,
pobre de mí,
qué mal me va
desque le ví!
La pobre Pepa,
bailando sola,
ay! se consuela
de su dolor,
y que entre tanto
ruede la bola,
y me consuelo
de mi dolor.

ESCENA II.

DICHA.—FLORINDA, por la segunda puerta de la izquierda.

FLOR. Pepa!

PEPA. Presente!

FLOR. Que siempre has de estar bailando!

PEPA. Yo me entiendo y bailo sola.

FLOR. Ya, pero no haces lo que debes.

PEPA. Deje usted, señorita, que para todo hay tiempo en este mundo!

FLOR. En fin, qué tal te parezco?

PEPA. Pues... si yo fuera su novio... etcétera...

FLOR. Qué quieres decir con eso?

PEPA. Que está usted al pelo.

FLOR. De verás?

PEPA. Vanidosilla!

FLOR. No puedo remediarlo. Y crees que es por presunción? Pues estás soberanamente equivocada. Lo hago por Angel. Quiero que ante sus ojos ninguna mujer le parezca más bonita, más amable, más cariñosa que yo. Pero cómo no habrá venido? Dónde estará ahora? Quizás enamorando á alguna sílfide dengosa, á alguna pollita insulsa. Dios mío, qué desgraciada soy!

PEPA. Pero señorita, yo creo que si don Angel tuviera algún trapicheo ya lo sabríamos. Pues bonito genio tiene doña Bárbara! De seguro que lo hubiera descubierto.

FLOR. Eso sí; mi pobre mamá me quiere tanto... es tan buena .. tiene un carácter tan amable... tan dulce...

PEPA. (Sí; como el sulfato de quinina.)

FLOR. Y ni aun papá está aquí para consolarme de esta desesperación. Para qué? Miéntras mamá está orillándolo todo, él estará muy tranquilo en la plaza de toros viendo la corrida.

PEPA. Eso de seguro; es tan aficionado!

FLOR. Así ha formado, gastándose un dineral, un museo, como él dice, arqueológico-antropológico-taurómaco. Mira cómo está la casa!

PEPA. Y le encajan cada pepla! Ayer le compró á un granuja unas zapatillas en cinco duros, porque aseguró que le habían servido á Pepe-Hillo. Hoy, como siempre, traerá de la plaza algún otro recuerdo para aumentar el museo.

FLOR. Cabal. Digo, y hoy que mata su ídolo, el Frascuelo. Me voy al balcón á ver si viene Angel. (Vase primera izquierda.)

PEPA. Jesús! Siempre está en el balcón; parece una mona. En mi vida he visto un par de novios más insípidos. (Vase foro izquierda.)

ESCENA III.

ANGELITO, después FLORINDA.

MÚSICA.

No hay remedio, yo me caso,
pero cómo, sin tardar,
y al pensar en el casorio
qué alegría que me da.
Una especie de hormigueo
me recorre, sin parar,
por el pecho y casi toda
la columna vertebral.
    Y este hormigueo
    me obliga á mí
    á dar saltitos
    así, así;
    y es de gustito,
    de gusto, sí.
Qué bribón me hizo mi madre
y qué requetepillín!

—

Una vez que esté casado,
lo que en breve ya será,
como soy tan laborioso
yo sé bien, ay! yo sé bien qué pasará.
Pasará que irán creciendo
la familia y el caudal;

de pensar en los muñecos
hormiguillo siento ya.
Y este hormigueo, etc., etc.

HABLADO.

Pues, señor, qué hará Florinda que no sale? Estará enojada por mi tardanza; pero cuando la diga el motivo se quedará tan contenta. Ahí viene; qué hermosura! (Florinda sale primera izquierda.)

MÚSICA

DUO.

FLOR. Preparemos la emboscada.
ANG. Aquí estoy, mi dulce sueño.
FLOR. Debo estar incomodada.
ANG. Vaya un ceño, vaya un ceño.
FLOR. Yo no espero que se aleje
sin cumplir la penitencia.
ANG. Sólo falta que me deje
á la luna de Valencia.
FLOR. Esta mañana dijo
que iba á volver, de fijo,
dentro de un cuarto de hora
y ya va á anochecer.
Habrá estado, lo creo,
en casa ó en paseo,
haciendo cucamonas
á alguna otra mujer.
Esa conducta, sin remisión,
acusa una mudanza,
acusa una traición.
ANG. No hay causa ni pretexto
para dudar tan presto,
de un hombre que aquilata
su siempre amante fe.
Yo vengo presuroso,
amable y cariñoso,
de un almacén de camas
donde por dicha entré.
FLOR. Esa conducta, sin remisión,

acusa una mudanza,
acusa una traición.

ANG. Sólo me falta tu aprobación
y digas si la quieres
de acero ó de latón.

FLOR. Cielos! Qué escucho?

ANG. Mi voz lo aclama.

FLOR. Me alegro mucho que piense en cama.

ANG. Cómo me quiere, cómo me ama!

FLOR. Angelito, pobrecito,
bueno fuera que me hubiera
olvidado, despreciado
por Matilde ó por Pilar.
Imposible, no es creible,
pues su pecho está deshecho,
y partido y decidido
á llevarme hasta el altar.

ANG. Tu manía, prenda mía,
me provoca, me sofoca,
me desvela, me revela
que me quieres calumniar.
No me insultes, no me llores,
que me suben los vapores,
y Dios sabe que es muy grave
y me voy á desmayar.

HABLADO.

FLOR. Gracias á Dios. Le parece á usted hora de presentarse?

ANG Estuve en la litografía escribiendo las invitaciones para nuestro enlace.

FLOR. Invitaciones! No habrán sido mala invitaciones. Esa no cuela, señor trápala. Cree usted que me va á engañar como á una simple?

ANG. Florinda, yo soy incapaz de.. Jesús! (Dándole un mareo)

FLOR. Qué es eso?

ANG. Los vapores.

FLOR. Le prohibo á usted que tenga vapores... Conque acabe usted de explicar su ausencia.

ANG No te he dicho que las invitaciones... y además

he ido á encargar la sillería; pero hasta consultar contigo el color no he querido que la traigan.

FLOR. Por cuál te decides tú?

ANG. Yo quiero que sea á tu gusto.

FLOR. Ahora creo que se estilan... de qué se estilan?

ANG. Pues... no lo sé... como no me he casado nunca! Eso debían decirlo en la Vicaría.

FLOR. Pues... lila.

ANG. Cómo lila?

FLOR. Color lila!

ANG. Vamos á otra cosa.

FLOR. Dí.

ANG. Qué nombre piensas ponerle á nuestro primer hijo?

FLOR. Qué cosas tienes! (Ruborizada.)

ANG. Será una tontería; pero quisiera saberlo.

FLOR. Pues bien; si es niño Abelardo, y si es niña Eloisa.

ANG. Qué cursilería! Mira, estos son más bonitos: si es varón, le llamaremos Sisebuto, y si es hembra, Berenguela.

FLOR. Jesús! Berenguela; eso es cosa de merengue.

ANG. Mejor; con eso será un nombre muy dulce.

FLOR. Sí, pero el merengue es un dulce muy empalagoso. Nada, nada, Abelardo y Eloisa.

ANG. No señor, Sisebuto y Berenguela.

FLOR. No.

ANG. Sí.

FLOR. Sí? Pues hijo, con dejarlo...

BARB. (Dentro.) Jesús! Jesús! Qué desvergüenza!

FLOR. Ahí está mamá.

ANG. Y viene como siempre por no variar.

ESCENA IV.

DICHOS y DOÑA BÁRBARA, que trae un par de banderillas en la mano.

BARB. Esto es insufrible; esto ya no tiene nombre.

FLOR. Qué es eso, mamá?

BARB. Ya lo ves: dos banderillas que me han dado en la portería para tu padre. (Doña Bárbara deja las banderillas sobre la mesa, y se quita la mantilla.)

ANG. Tiene gracia! Já, já!

BARB. Es decir que mi bendito marido va á convertir mi casa en una plaza de toros; que va á derrochar nuestro patrimonio con esa maldita afición.

ANG. Tampoco tiene otra, á excepción de la bebida.

BARB. No le defienda usted, porque me vuelvo una sierpe.

ANG. (No, si ya lo eres.)

BARB. Le parece á usted regular esto? La sala, el gabinete, los dormitorios, el comedor y hasta la cocina, todas las habitaciones están llenas de atributos y recuerdos taurómacos. Por aquí la baticola y el frontal del caballo en que montó el picador Sevilla; por allá una moña del Lavi; aquí la coleta y zapatilla del banderillero Noteveas; en un cuadro, cuyo marco costó un dineral, un estoque de Curro Cúchares; en otro una taleguilla del Tato; junto al fogón, la cabeza del toro que cogió á Costillares; al lado una pezuña del bicho que saltó un ojo á Manuel Domínguez, y en otro sitio una silla desvencijada, en la que puso banderillas el Gordito; por todas partes no se ven más que cuernos.

ANG. Para él es un gusto sin igual.

BARB. De seguro que hoy se trae de la plaza lo ménos el hocico de algún toro para embalsamarlo, ó una herradura del caballo que monte Juaneca ó el Chuchi, todo comprado á fuerza de oro. Ay! tengo unos deseos de echarle la vista encima...

ANG. (Tormenta barrunto; quitémonos de enmedio.) (Sube á coger el sombrero.)

BARB. Cómo es eso? Se marcha usted?

ANG. Sí; ya sabe Florinda que tengo que ir á... voy á encargar la sillería de la sala.

BARB. Han quedado ustedes conformes en cómo ha de ser?

ANG. Florinda me ha hecho el honor de que yo la elija.

BARB. Supongo que sabrá usted el color de última moda?

ANG. (Ya empezamos.)

FLOR. No le repliques, mamá; ya hemos quedado los dos conformes.

BARB. Ah! Entonces bueno.

ANG. Con todo, si á doña Bárbara le ocurriera alguna objeción...

BARB. Ninguna; no quiero, bajo ningún concepto, contrariar el gusto de ustedes.

ANG. (Gracias á Dios!)

BARB. Conque ya está todo dispuesto?

ANG. Sí, señora; esta noche, á las diez, nos tomamos los dichos Además de mi familia, asistirá mi tío el barón de la Alfalfa y mis amigos el conde del Apio y el marqués de la Lechuga.

FLOR. Dios mío, cuánto verde!

ANG. Con su permiso, me marcho. Se le ofrece algo á mi adorada mamá?

BARB. Si encuentra usted de camino al *Chiclanero* de mi esposo, dígale que venga en seguida, que le preparo un confitito de revólver.

ANG. No se me olvidará.

FLOR. Que no tardes, Angel. (Acompañándole hasta la puerta.) Me quieres? (Con gazmoñería.)

ANG. Ay! No me hagas esas preguntas, que me atacan los vapores. (Vase.)

ESCENA V.

FLORINDA.—BARBARA.

BARB. Eres una tonta, Florinda: le das demasiado mimo.

FLOR. Pero mamaita, si es tan bueno, tan servicial, tan complaciente.

BARB. Ay, qué tonta eres! Al hombre es menester educarle desde amante; como le dejes pasar la primera, desdichada de tí. Mírate en mi espejo. Tu padre, desde novio, no fumaba, no iba al café, no jugaba; lo mismo que ahora. Sólo tuvo una

afición, que no he podido conseguir que la deseche: los toros. El atributo de San Lúcas ha sido nuestra perdición, y todo, por qué? Porque le dejé pasar la primera.

FLOR. Pero algún vicio han de tener los hombres. No van á ser perfectos como Jesús, ni pacientes como Job.

BARB. Pues que no se casen. Ya verás lo que te pasa con Angelito; hoy le has dado el capricho de la elección de la sillería; mañana querrá otro.

FLOR. Sí, convengo.

BARB. Pero yo te salvaré. De qué color va á ser?

FLOR. Le he visto inclinado al de lila.

BARB. Jesús.

FLOR. Lila, él sí que es un lila.

BARB. No sabes que las que están de moda hoy es verde papagallo?

FLOR. Ah! Pues entonces yo la quiero de esas.

BARB. Será de papagayo y desgraciado de él si la compra de otra clase. Ven allá dentro, que quiero darte instrucciones. Vaya! No faltaba más! (Vánse primera izquierda.)

ESCENA VI.

DON FELIPE, que sale con varios objetos.

MÚSICA.

FEL.
El tipo más flamenco
que hay en España,
es este cuerpecito
con tanta gracia.
Y estoy temiendo
que pongan mi retrato
en el Museo.
Ole con ole,
olá y olé,
un barbián de más gracia
no ha visto usté.
El arte de los toros

vino del cielo,
y con los memoriales
llegó el Frascuelo.
Y estoy temiendo
que los pliegos le quite
algún berrendo.
Ole con ole,
olá y olé,
un barbián de más gracia
no ha visto usté.

HABLADO

Pues señor, magnífico! (Sacando un cuerno envuelto en un papel que trae entre la faja.) Así da gusto gastar el dinero... tres mil reales! No es mucho. El cuerno del toro que hirió al Frascuelo... Un cuerno histórico... una alhaja para mi museo! Que no le vea mi mujer! Si supiera lo que me ha costado! No vale esto más que todas las joyas del mundo? Por este cuerno puede que los ingleses dieran á Gibraltar!

ESCENA VII.

DON FELIPE, DOÑA BÁRBARA, y FLORINDA, por la izquierda.

BARB. Gracias á Dios que has venido.
FEL. Hola, vecina de mi cuarto
BARB. Qué lenguaje! Felipe! Felipe! Pero has tenido valor para ir así por la calle?
FEL. Pues qué, es deshonra ir vestido de flamenco? Y que no sé yo llevar la ropa!
BARB. Vamos, tú vas á acabar en Leganés.
FEL. Mira, Barbarita, mira qué gran adquisición he hecho hoy.
BARB. Y qué es eso?
FEL. No lo ves? El terrible cencerro de Chironi.
BARB. Y quién es ese caballero, algún cabestro?
FEL. No barbarices, Barbarita. Quién no conoce al Chironi, al terrible entendedor de tauromaquia?

Bajo este *sonido* han temblado más de una vez los mejores espadas.

BARB. Y cuánto te ha costado esa preciosidad? (Con ironía.)

FEL. Ha sido una ganga; casi de balde; no me han llevado más que cuatro mil reales.

BARB. Jesús! Jesús! Pero este hombre va á arruinar la casa.

FEL. Pero á esta mujer no sé qué se le figura; cree que yo soy tonto ó que me he caído de un nido.

BARB. Bueno, no disputemos (Reprimiéndose.)

FEL. Recibiste un par de banderillas que me ha regalado el Regaterín?

BARB. Sí, ahí están.

FEL. (Cogiéndolas.) Qué gloria de arte! Ala... ala... ala... zás! (Figurando que pone banderillas á doña Bárbara, hasta llegar á pincharla.) A topa carnero se las puso á Jilguerito.

BARB. Felipe, que ya estoy nerviosa.

FEL. Y esta puya? Vale un tesoro. Me la brindó el Melones, perdiendo una sardina en la suerte. Pero qué bien puesta!

BARB. (De buena gana le arañaba.) Felipe, escúchame, tengo que hablarte; se trata del porvenir de tu hija. Mira que todo el que se casa se expone á...

FEL. Una cornada ha recibido el Frascuelo que... (Muy distraído contemplando la garrocha.)

BARB. Anda al infierno; si no mirara!

FLOR. Escúchala, papá.

FEL. Pues, no la escucho? Vamos mujer, sosiégate y habla.

BARB. Pues has de saber que la niña no ha hecho la elección de la sillería.

FEL. Pues qué, se va á sentar en el suelo?

BARB. No es eso. Que es probable que Angel la compre de color lila.

FEL. Bueno; de su color.

BARB. Pero es que las de moda son verde papagallo.

FEL. Me agrada, porque á mí me gustan el papa... y el gallo.

BARB. Es que ella debía elegirla.

FEL. Pues que la elija.
BARB. Si Angelito ya ido á comprarla.
FEL. Que la compre.
BARB. Es que no las queremos de esas.
FEL. Pues que las traiga de las otras.
BARB. Jesús! Jesús! Qué hombre!
FEL. (*Señalando el cuerno que, envuelto en un papel ha dejado sobre una silla*.) (Qué cuerno! Qué alhaja! Que no lo vea mi mujer!)
BARB. Corriente; puesto que no tengo un marido de carácter, yo tomaré mis medidas.
FEL. Te vas á meter á modista?
BARB. Anda al infierno!
FEL. (Lo que voy es á guardar este tesoro.) Barbarita, mientras cuido á los canarios que pongan la comida, porque traigo un apetito... (*Vase primera puerta derecha, llevándose los objetos.*)

ESCENA VIII.

DOÑA BÁRBARA, FLORINDA, *después* ANGELITO.

BARB. Veneno de cicuta habías de tragar. Lo ves? Está, como dicen por ahí, chiflado. Es una monomanía la que tiene por los toros.
FLOR. Bien, pero á pesar de todo, es muy bueno.
BARB. Eso es lo que falta, que tú lo defiendas.
FLOR. Yo...
BARB. En fin, vamos á comer.
FLOR. Oye mamita; si tú quisieras...
BARB. Habla.
FLOR. Angel es ya casi tu hijo, y me complacerías si hoy comiera con nosotros.
BARB. No es muy bueno eso, pero... en fin, te daré gusto.
FLOR. Ah! Mamá! Qué buena eres. (*La abraza. Pepa sale á escena y se pone á limpiar los platos de la mesa y prepara cacharros del aparador.*)
BARB. Zalamera Mira, de paso abordaremos la cuestión aquella. Tú procura secundar mis planes; mira que va en ello tu felicidad.
FLOR. Bueno.

BARB. Pepa, prepara la comida. Pon hoy otro cubierto. (Pepa pone un cubierto en la mesa y otra silla.)

FLOR. Ya está aquí Angel. Qué sorpresa le voy á dar!

ESCENA IX.

DICHOS y ANGEL, después DON FELIPE.

ANG. Estorbo?

BARB. Al contrario, caballerito; hoy me pertenece usted.

ANG. (No lo entiendo.)

BARB. Hoy necesito que nos haga el honor de sentarse á mi mesa.

ANG. (Esta es otra mujer.) Con mucho gusto. (Sale Pepa con la sopa; durante la comida sirve la mesa.)

BARB. Pepa, avisa á don Felipe; dile que la sopa está servida. (Pepa llega hasta la primera puerta derecha, y dice:)

PEPA. No hay necesidad. Aquí está Lagartijo. (Con guasa)

ESCENA X.

LOS MISMOS.—DON FELIPE.

FEL. (He guardado mi cuerno en el segundo cajón de la estantería al lado de la faja del Chiclanero.) Hola, pollo. (Dando la mano á Angelito.)

PEPA. (Ni aún sirve para con tomate.)

ANG. Cómo sigue don Felipe?

FEL. Boyante y bueno, y dispuesto á darle á usted una verónica satisfactoria, porque le aprecio mucho.

ANG. Gracias. Qué tal la corrida de hoy?

FEL. Soberbia, asombrosa... El Frascuelo, en los quites, admirable. En el quinto toro, que era un Miura...

BÁRB. Basta; se prohibe hablar de toros durante la comida. Me darás ese gusto, Felipito?

FEL. Bueno.

BÁRB. Me lo juras?

FEL. Te lo juro.

BÁRB. Pues á la mesa.

FEL. Eso es, á la mesa. (Se sientan; pausa.) Qué hay de principio? Estofado de toro? Ya sabes que ese plato me gusta mucho.

BÁRB. Es imposible resistir á este hombre. (Da un golpe sobre la mesa y derrama la sopera.)

FLOR. Mamá, que viertes la sopa.

PEPA (Siempre tendrán que comer con paraguas.)

ANG. Uy! Cómo se me ha puesto el pantalón.

FEL. No haga usted caso. Veintisiete llevo yo así este año.

FLOR. Eso no es nada. (Angel se limpia con una servilleta. Doña Barbara, muy nerviosa, sirve sopa á Florinda y en su plato dejando la sopera vacía.)

FEL. Esas son cosas de mi mujer. Siempre que nos ponemos á la mesa llueve... caldo.

PEPA. (Me parece que va á haber corrida de becerros.)

FEL. Já, já, já! Pues si ha dejado la sopera limpia! Angelito, nos contentaremos con el olor.

BARB. Um... (Distraida y nerviosa casi tira una botella de vino.)

FLOR. Adios, botella.

FEL. Todo lo dispenso ménos eso; respeta el vino.

BARB. Ya sabes que no me gusta que bebas. (Felipe sirve las copas y se bebe la suya.)

ANG. Déjele usted.

BARB. Tiene una bebida fatal. Sólo una vez le he visto alegre, el día de tornaboda, y aún se me eriza el cabello cuando lo recuerdo.

FEL. Pues mira cómo todos mis amigos lo celebraron.

ANG. Pues que hizo usted?

BARB. Una barbaridad; verá usted la gracia. Se vistió de luto y se fué á la litografía á mandar hacer unas tarjetas con orla negra, y en ellas decía: don Felipe Becerro, natural de Toro, no ha muerto, pero es lo mismo, se ha casado.

ANG. Já, já, já! Qué ocurrencia!

FEL. Ves como también este se ríe? (Don Felipe bebe.)

BARB. Pasemos á otra cosa. Supongo, Angelito, que habrá usted elegido ya la cama!

ANG. Dentro de poco vendrán los mozos con ella; es preciosa y tengo la seguridad de que ha de agradarles.

BARB. De qué colores?
ANG. Lila. (Las dos hacen un gesto de desaprobación.) Por qué ese gesto? No les agrada?
BARB No, señor.
FEL. Pero mujer.
BARB. A tí no te dan vela en este entierro.
FEL. Ah! Es un entierro; yo creí que era una boda. (Bebe.)
BARB. Nada, nada, es preciso devolverla.
ANG. Señora, mucho siento contrariar su gusto, pero ya es imposible.
FLOR. Cómo, imposible?
ANG. Mi palabra es antes que todo.
FLOR. Antes soy yo que tu palabra.
BARB. Y si yo, como madre de la novia y jefe de la casa, lo mando?
FEL. Jefe? Es decir, que yo soy un cero á la izquierda?
BARB. Tú, aquí, no eres nadie.
FEL Pero, mujer, que siempre has de meter la pata.
BARB. Calla, obtuso.
FEL Marisabidilla, no seas déspota.
FLOR. Conque no me complaces?
FEL. (No cedas, chico, que te pierdes.)
BARB. Eh! Qué le dices?
FEL. Nada; que voy á beber otra copita.
BARB. Que te vas á filoxerar.
FEL No, creo que ya lo estoy. (Ten carácter, chico.)
FLOR. Cedes ó no?
ANG. Pero Florindita, si ya he dado una onza en señal.
FLOR. Pues la pierdes. No valgo yo una onza?
ANG. Y mi palabra? Precisamente también la quería comprar el conde de la Amargura.
FEL. El título más grande de Semana Santa.
ANG. Qué va á decir ahora el mueblista?
FLOR. Lo que quiera; no cedo. (Todos se levantan menos don Felipe)
BARB (Así, así.) (A Florinda.)
FEL. (Dala una verónica y párala los pies.)
ANG. Si no cedes, yo tampoco.
BARB. Cómo se entiende? Aún no es usted marido y ya es déspota?

FEL. (Pobre muchacho, lo acorralan entre las dos.)

FLOR. Pues desde ahora te prevengo una cosa: que ó cedes, ó nada hay de lo dicho.

ANG. Cómo! Se va á romper la boda?

BARB. (Así, fuerte.)

FLOR. Por mí, sí.

FEL. (Parecen perros de presa; cómo le cargan á la oreja.)

ANG. Pero no comprendes que con esa resolución vamos á dar una campanada?

FLOR. Por mí que repiquen gordo.

ANG. Qué dice usted á esto, don Felipe?

FEL Yo estoy viendo los toros desde la barrera. (Bebe.)

BARB. Pero maldito de cocer, no apoyas la pretensión de la niña?

FLOR. Cómo, papá! No me das la razón?

FEL. (Levantándose.) No, porque no la tienes. Tu madre te induce, que es una vívora, una sierpe infernal.

BARB. Cuidado con picarme!

FEL. Te picaré y te banderillearé si vuelves á propasarte. Soy ó no el amo de mi casa? Ea, á callar.

BARB. No quiero Estás beodo.

FEL. Si lo repites te estrangulo. (La acomete.)

PEPA. (Ya empezó la corrida, quitémonos de en medio (Vase foro.)

ANG. Don Felipe, por Dios. (Deteniéndole.)

FLOR. De todo tienes tú la culpa Te detesto.

ANG. Sí. Ay Dios mío! que me detesta (A don Felipe.)

FEL No hay que ceder, muchacho Abajo las faldas; viva la independencia marital

ANG. Viva!

FEL. Tarachí, tachín, ta ta chin. (Toca el himno de Riego.)

BARB. Desde ahora me separo de tí.

FEL Usted hará lo que yo la mande.

BARB. Me amenazas? Pues toma (Le tira un plato y le da en los pies)

FEL Uy! Tararari... ti .. ti.. ya tocan á matar. (Doña Barbara echa á correr y don Felipe detrás.)

BARB. Sujetadlo.

FLOR. Papá!

ANG. Don Felipe! (Doña Bárbara entra por la segunda puerta derecha perseguida por don Felipe. A poco salen por la primera, trayendo don Félipe una muleta de torero y un estoque de matar toros.)

BARB. (Saliendo.) Ampárame, hija mía!

FLOR. Qué ha hecho?

BARB. Que me va á matar.

FLOR. Ay Dios mío! (Sale don Felipe.)

ANG. Pero don Felipe. (Interponiéndose.)

FEL. (En actitud de matar.) Apartarse. (Angelito da un salto atrás.) Voy á darla un volapié. (Florinda y Angel se colocan delante de Bárbara; ésta trata de ocultarse detrás de ellos.) Fuera del redondel todo el mundo; dejadme solo con la fiera.

BARB. Soy perdida.

FEL. Tirarme platos! Darme esta cogida en falso. Dejadme darla este pase, que en seguida la descabello. (La acomete.)

FLOR. Papá!

FEL. No la salva ni Lagartijo.

BARB. Socorro! (Doña Bárbara entra primera izquierda y cierra.)

FEL. No huyas arpía. Se enchiqueró. (Quedándose en el umbral de la puerta.)

ANG. Pero, don Felipe.

FEL. (Volviéndose de pronto en actitud de dar una estocada.) Qué? (Angelito dá un salto atrás.) Yo no soy don Felipe; yo soy un Miura desenfrenado.

ANG. Pero...

FEL. Qué pero ni qué camueso! Hace veintitres años que estoy sufriendo con resignación á esa fiera, y hoy, pese á quien pese, me he propuesto domarla; y la domaré á lo monsieur Bernabó; lo mismo que á esta fiera chiquitita, que vá mostrando el instinto de la pantera.

FLOR. (Dios mío, qué vergüenza!)

FEL. Desde ahora harás también mi gusto ó te pongo banderillas de fuego.

ANG. (Ahora sí que me gusta mi suegro.)

FLOR. Corriente, papá!

FEL. Brurr! Cuidadito conmigo. Lo primero que or-

deuo y mando es que cedas de tu capricho.

ANG. Basta, yo me doy por satisfecho.

FEL. Usted se calla, ó le doy una hasta la mano.

ANG. Más...

FEL. Angelito, la mujer es como el caballo; sin la serreta y el látigo no se doma. Vamos, pídele ahora perdón.

BARB. No cedas, Florinda, no cedas. (Abriendo un poco la puerta y volviendo á cerrar)

FEL. Ve usted eso? Hasta encerrada berrea.

BARB. Perdido. (Idem)

FEL. Dímelo aquí fuera, ganada. Vamos, haz lo que te he dicho. Pídele perdón y de rodillas. (A Florinda.)

FLOR. Dios mío, qué desgraciada soy! (Se acerca á Angelito.) Angelito, me perdonas? (De rodillas.)

ANG. Con todo mi corazón!

FEL. Serás caprichosa?

FLOR. No, señor.

FEL. Pues en el nombre del Padre y del Hijo. (Los une y los echa la bendición.)

ANG. Vamos, don Felipe; ya que todo se arregló, yo le suplico que en obseqnio mío perdone á doña Bárbara.

FEL. Usted no conoce á mi esposa; es un bicho de muy mala intención.

ANG. Su carácter...

FEL. Que se lo coma con patatas. Todavía me duele el platazo.

ANG. No lo repetirá.

FEL. Pues abra usted el chiquero.

ANG. Salga usted sin cuidado, doña Bárbára. (Acercándose á la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

BARB. (Saliendo.) Todavía tiene el estoque en la mano ese bandido?

FEL. Y estoy dispuesto á darte una estocada si me replicas. Pídeme perdón de lo que has hecho.

FLOR. Vamos, mamá.

ANG. Vamos, doña Bárbara.

BARB (No hay más remedio que ceder.) Felipito! (Acercándose muy humilde.)

FEL. Hola, borrega. Qué mansita viene!

BARB. Me perdonas?

FEL. Una pregunta antes. De qué va á ser la cama de los chicos?

BARB De lo que ellos quieran.

FEL. Hé ahí humillada la fiera por la fuerza del castigo. Vaya, puesto que ya está todo arreglado, á comer con tranquilidad, y vosotros á casaros al instante.

Al público.

Pues que pasásteis un rato
bueno, *bonito* y barato,
el negarme una palmada
será darme una estocada
de aquellas que daba el Tato.

FIN.



PUNTOS DE VENT

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é h
calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales d. la LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los ped plares á esta casa, acompañando su letras de fácil cobro ó sellos de com sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.